

Mis 'Ultimos Crímenes,'

Por GORON,

EX-JEFE DE LA POLICIA DE PARÍS.

CAPITULO I.

EL MATADOR DE MUJERES.

He dicho en el curso de mis «Memorias» que es indispensable enviar á provincias agentes de la policía parisiense para auxiliar á los tribunales de justicia en el descubrimiento de los crímenes, cuando éstos aparecen sumidos en el misterio.

También he demostrado la impotencia de los gendarmes para ciertas pesquisas policíacas, han de estribar en el sigilo más impenetrable; condición que la gendarmería no puede llenar, por la calidad de su servicio que ha de hacerse con el uniforme reglamentario.

Además, la policía local no suele estar en condiciones de conseguir el descubrimiento de un crimen tenebroso, porque suele pasarse la vida vegetando, dedicada á rutinarios menesteres, sin que la vida de provincias les proporcione esos múltiples casos prácticos que constituyen la verdadera escuela del policía.

Así es que cuando en una pequeña localidad cométese un crimen de los que con tanta frecuencia ocurren en París, desgraciadamente, las autoridades judiciales necesitan el concurso de policías expertos, duchos en el oficio, habituados á desenmarañar las tramas más complicadas, ejercitados en todos los detalles de la profesión, con ese fino instinto que descubre la pista por el más insignificante indicio, que para otro cualquiera pasaría inadvertido.

En apoyo de esta tesis voy á citar casos prácticos que plenamente lo confirman.

Un día, estando yo en mi despacho de la Seguridad, leí en un periódico un artículo titulado: «Los crímenes de Pont-à-Mousson.»

Era una siniestra serie de asesinatos que tenía consternados á aquellos pacíficos habitantes.

Había en Pont-à-Mousson, en la calle de Murs, una prendería donde se vendía de todo, hasta trapo viejo.

Los dueños de la prendería eran judíos alemanes, el matrimonio Sulzer.

Una mañana aparecieron asesinados Moisés Sulzer y su esposa, en la vasta pieza donde estaban hacinadas toda clase de mercancías.

En el centro, una mesa redonda, cubierta con un mantel blanco manchado de sangre, sobre la que se hallaban un trozo de pan, una botella de vino, un cuchillo, dos libros de madera, demostraba que el matrimonio Sulzer habían sido sorprendidos en el momento en que iban á cenar.

Apoyado en la mesa, los brazos replegados sobre el pecho, con unas tijeras en la mano, aparecía el cadáver de Sulzer con los bolsillos del pantalón pendientes de los costados, prueba clara de que habían sido registrados. El reloj de oro no había desaparecido. A su lado estaba el cadáver de su mujer echado hacia adelante, con la cabeza junto á la del marido, encima del cual descansaba el brazo de ella.

El sombrero de Sulzer aparecía cubierto de sangre. No muy lejos encontré una cartera vacía.

Un mueblecito «secretaire» colocado cerca de la mesa, había sido abierto, pero sin fractura.

En el primer piso hallábase la cama de los esposos Sulzer; un gran armario abierto; una cómoda con su reloj de oro y alhajas, y sobre el entarimado, delante de la chimenea unas cuantas manzanas.

Los esposos Sulzer habían sido heridos el uno después del otro y casi simultáneamente. Ambos mostraban el cráneo fracturado por un instrumento contundente y cada cual tenía en el cuello una herida profunda, de bordes muy limpios, hecha, sin duda, con un instrumento muy cortante.

Las primeras diligencias permitieron establecer que el crimen habíase cometido la víspera, hacia las nueve y media de la noche.

Después de inútiles pesquisas, las sospechas recayeron sobre el matrimonio Kremmer, que fué reducido á prisión.

Los informes que la justicia adquiriera permitieron la reconstitución del drama.

Sulzer había ido á Thiaucourt para hacer diversos pagos, que se elevaban á la suma de 145 francos.

Uno de los acreedores observó que el judío llevaba unos cuantos billetes de cien francos y una corta cantidad de monedas de cinco.

Sulzer le dijo: «Pagaré hoy á todo el mundo y aún me quedará algo.»

Otro á quien le debía 45 francos le devolvió once monedas de cinco como cambio del billete de 100 que le entregó para satisfacer su deuda.

Sulzer regresó á Pont-à-Mousson en el tren de las nueve y quince, y desde la estación dirigióse á su casa.

En aquel momento el asesino entró en el establecimiento so pretexto de comprar tela, y